Lazos de género, una comunicación más allá de las palabras

Lourdes Olivera

En el Huiscorón (arroyo cerca de la casa de mis papás en el pueblo de Quesería, Colima) solía en mi niñez entretenerme observando a Ángeles, mi hermana mayor, y a otras mujeres que se congregaban a lavar la ropa. Acuclilladas en precario equilibrio a orillas del riachuelo, trabajaban ruda y prolongadamente golpeando la ropa hasta dejarla limpia contra piedras que hacían las veces de lavadero. Por ello, consideré sensata la medida de cierto apoyo gubernamental que invirtió una fuerte suma para que cada una de ellas gozara de este indispensable líquido dentro de sus hogares. Sin embargo, algunas mujeres se negaron a utilizar aquellos nuevos servicios. ¿Por qué? Porque el día de lavar constituía para ellas un acontecimiento social, ya que les daba pie para comparar experiencias (embarazos, nacimientos, enfermedades, preocupaciones domésticas), intercambiar recetas de cocina, remedios herbolarios, así como ventilar cuestiones sociales y morales, etcétera.

Hablaban de sus maridos, riendo a veces con ironía, de los defectos de sus cónyuges, en ocasiones de las exigencias de su propia sexualidad; celebrando en otras, entre risitas, las riquezas de sus satisfacciones. Pero no "chismeaban" propiamente, sino que se ocupaban en definir, medir y explorar su mundo.

La propensión de las mujeres a hacerse confidencias es universal. Confirmamos nuestra realidad al compartirla. Pero, ¿por qué nos reservamos ciertos detalles (íntimos o descarnados) para oídos exclusivamente femeninos, en vez de comunicarlos al hombre con quien compartimos más íntimamente nuestra vida?

Según Simone de Beauvoir, los hombres se comunican "por medio de ideas y proyectos de intereses personales, mientras las mujeres, confinadas a su papel y destino, intercambian confidencias y recetas". Esto pudo haber sido creíble hace unos quince años; ya que hoy no es tan fácil demostrar la validez de este argumento. Quizá sea verdad que, por su peculiar educación, las mujeres tienden a fundar sus conversaciones en lo concreto más que en lo abstracto, pero gran número de ellas forman ya parte de la fuerza del trabajo y del mundo de las ideas.

Ellas, al igual que los hombres, acarician metas de absorbente y apasionante interés.

Creo que las mujeres están ahora menos: "confinadas a un papel y un destino". Han empezado a captar el sentido de su independencia y a reconocer que son seres humanos y no hembras superfluas. Pero seguimos *intercambiando confidencias y recetas* con las mismas mujeres con quienes discutimos ciertas alternativas e ideas. Me niego a creer que el intercambio de recetas sea una tontería. El picadillo es tan real, al menos, como las acciones de una sociedad anónima.

Hablamos de vestidos, dietas, cosméticos, anticonceptivos y de nuestros hijos y maridos. Comparamos nuestras hondas experiencias. Nos manifestamos. Por supuesto, las mujeres, hermanas biológicas, tenemos que compartir con otras congéneres las experiencias propias de nuestro género.

Cuando quedé embarazada, viviendo, como vivía un poco lejos de mi familia y de mis amistades en un lugar

♦♦♦

donde no conocía a nadie, suspiraba por comentar los incidentes de mi estado con otras madres cuyos cuerpos estuvieran ya educados en aquellas artes que yo tenía que aprender. Mis compañeras, alumnas de la escuela donde estudiaba que no habían mostrado el menor interés por mi compañía antes de mi embarazo, acudieron a mí cuando se enteraron y me dieron regalos.

Descubrí que podía comunicarme con ellas a veces sin necesidad de palabras, más completamente que con mi médico e incluso que con mi pareja. Me hacían falta los mimos que sólo pueden prodigar las mujeres.

Por primera vez en mi vida me impacientaba la charla de los hombres que parecía demasiado ruda y seca.

Este tipo de vinculación femenina parece lo más bueno y tierno, pero no carece de peligros. Las compañeras que se convierten en nuestras cómplices durante el embarazo suelen tomarse demasiadas atribuciones en cuanto nace la criatura. Y a veces a la madre primeriza le empiezan a molestar los consejos de las mujeres mayores. Tal vez siga pidiéndoles parecer, pero paradójicamente quizás retire su afecto a las personas que le hacen sentir que no está plenamente capacitada para criar a su recién nacido.

También dedican las mujeres muchas horas a hablar con otras de la "psicología" de sus hijos o de sus relaciones conyugales. Sin embargo, las que confiesan sus penas pueden ofenderse cuando sus confidentes se apresuran a darles consejos o hacerles sugerencias. Lo que para una es muestra de apoyo, quizás sea tomada por otra como una intromisión; la diferencia es muy sutil. Las mujeres aprenden a ser diplomáticas, si bien hay ocasiones en que la diplomacia fracasa. Acaso alguna sea hipersensible a las críticas; sobre todo si descubre que una amiga contó lo que ella le había confiado como algo muy íntimo.

Esta clase de "chismorreo" (a la que se ha llamado la diversión de los subocupados) nace quizá más de la inseguridad y de la curiosidad que de la malicia. Las mujeres "delatan" a otras mujeres para poner a prueba sus opiniones y conductas o para mostrar apoyo. Desean elaborar un código moral visible y apelan a la comunidad femenina para decidir si sus ideas morales se reflejan en el espejo de la vida de otras congéneres. Pero si no se hace con la máxima discreción y cortesía, puede ser causa de que las amistades se marchiten y mueran.

¿De qué pueden hablar las mujeres además de las experiencias compartidas de su misma condición biológica? La respuesta es que han sido condicionadas para creer que el mundo y el trabajo del hombre son más importantes (más reales) que los propios. Y por ello sobrecargan a sus amigas de confidencias "triviales", que no consideran dignas de la atención e interés de su marido. Tal vez el aspecto más positivo de los grupos de feministas que han florecido en el actual decenio sea que la mayoría de las participantes aprenden a tomarse en serio (así como sus charlas, sus "secretos", su vida diaria), tal como se merecen. Y esto tiene que contribuir a enriquecer toda vida matrimonial.

A pesar de todo hay ciertas cosas que una mujer dirá a otra que le repugnaría comentar con un hombre. Sé de algunas que temerosas de que se les juzgara "poco femeninas", mienten convincentemente a su médico o a su psicoanalista acerca de sus apetitos sexuales. Pretenden alcanzar habitualmente el orgasmo cuando en realidad no lo experimentan y esto lo ocultan frecuentemente a los hombres que aman.

En cambio, están dispuestas a comentar con otra mujer la verdad de su insatisfacción sexual. Asimismo, entre ellas suelen hablar de los anticonceptivos y del aborto, temas de los que jamás hablarían con el sacerdote: actúan entre sí como confesoras y analistas sin título.

Es innegable que compartir confidencias implica ciertos riesgos. La dualidad de su fidelidad y la apasionada concentración de su vida emocional hacen que las mujeres sean vulnerables a la culpa y a la traición. Cuanto mayor sea la amistad que une a dos mujeres, ni la bondad ni la inteligencia nos libran de atolladeros y trampas: siempre hay fallas de amor, de voluntad, de imaginación. Es imposible eliminar todos los peligros implícitos en las relaciones humanas, pero existen ciertos riesgos que no podemos permitirnos el lujo de evitar. Podemos disminuirlos mediante la cortesía, con una decorosa y razonable discreción y respetando el derecho de intimidad que todas tenemos, empezando por él mismo.

No es raro que las relaciones de mujer a mujer, cuando son absolutamente superficiales, sean verdaderos actos de equilibristas. Ante el constante peligro de resbalar y caer, es extraordinaria la frecuencia con que mantenemos ese precario equilibrio y ejecutamos con gracia nuestro número; en la compañía de otras mujeres encontramos cordialidad, mayor riqueza, una encantadora serenidad. ♦